NO. 230.

ELIAS ARTURO M. Cónsul Gral. México en New York. Años 1927-1928. Informe sobre la labor desarrollada en dicho Consulado, tratando los casos de Hearts, Serrano-Gómez, y el asunto clerical, y además, otros, en defensa del Gobierno.

50000

230 (2)
50000

a

50000
20000

INFORME CONFIDENCIAL DEL CONSUL GENERAL
DE MEXICO EN NUEVA YORK.

Este resumen de actividades, en lo que concierne a las relaciones políticas entre Estados Unidos y México, no va acompañado de pruebas, porque éstas fueron enviadas a México con toda regularidad durante el año de 1927. Demasiado conocidos son los resultados de estas actividades y, por lo tanto, es innecesario expresarlos en este resumen. La experiencia adquirida en el desarrollo de estas actividades será muy valiosa para lo futuro.

Esta oficina ha omitido por completo enviar noticias diarias o semanarias a los periódicos del país. Se ha adoptado este procedimiento porque sé plenamente que es del todo inútil enviar para su publicación material que se preste a la más leve sospecha de estar inspirado por los intereses de quien lo remite. Ningún periódico influyente usa tal material y su paradero es siempre el cesto de los papeles en las oficinas de los editorialistas. Invertir dinero en recopilar o distribuir ese material equivale tanto como tirarlo a la calle.

No se ha pagado un sólo centavo a ningún periodista de los Estados Unidos para que escriba acerca de la situación mexicana. Esta oficina jamás ha hecho declaraciones si no es que éstas sean con el caracter de noticias. Cuando

los enemigos de México han hecho declaraciones instando a la prensa americana para obtener alguna respuesta del Consulado General, éste jamás ha tocado cuestión política o motivo de controversia, ya sea de Estados Unidos o de México, o entre los gobiernos de ambos países. Como consecuencia de esa actitud, todos los editorialistas de este país se han convencido de que esta oficina sólo hace uso de la publicidad en ocasiones verdaderamente importantes y de aquí ha resultado que siempre respetan el punto de vista expresado por mí, como representante del gobierno de México, aun cuando en ocasiones no estén de acuerdo conmigo.

Los periodistas que se venden a un partido se venden igualmente al contrario. Los amigos de hoy son los enemigos de mañana; así es que un departamento de publicidad fundado sobre esta falsa base, es un castillo de naipes que cualquiera eventualidad puede derribar. Hay que tomar en cuenta, además, que los periodistas influyentes no se venden; sólo los periodistas de ocasión o los que constituyen la escoria del periodismo son los que sugieren que se les compense pecuniariamente.

Este Consulado continuamente proporciona datos sobre México a los mejores escritores del país. Al suministrar estos informes, sistemáticamente se evita comentar aquellos hechos que, de un momento a otro, pudieran convertirse en desfavorables. Siempre se hace hincapié en el hecho de que el gobierno mexicano es una institución humana, como lo

es el de los Estados Unidos; que hay elementos buenos y malos en México, como los hay en los Estados Unidos; que México tiene el mismo derecho que tienen los Estados Unidos para equivocarse y que esas equivocaciones no constituyen un motivo para que un estado extranjero se crea con facultades para inmiscuirse en los asuntos interiores de México. Este hecho, que con toda insistencia he puesto de relieve en mis entrevistas personales con los periodistas, siempre ha causado una reacción favorable en ellos y esta franqueza ha aumentado la confianza que los mejores periodistas de este país tienen en el gobierno de México, que está tratando de arreglar los asuntos de la nación sobre bases firmes, con objeto de aumentar la prosperidad y la felicidad de su pueblo.

Como ejemplo concreto de la influencia que ha tenido esa franqueza, citaré el medio empleado por esta oficina para desbaratar los intentos que se hicieron con objeto de crear en este país la impresión falsa de que el gobierno actual de México había engañado a Gómez y a Serrano, acusándolos de un delito que no habían cometido, simplemente porque eran candidatos a la Presidencia. El Chicago Tribune y algunos otros periódicos importantes que siempre han sido enemigos de México hicieron cuanto estuvo a su alcance para difundir esa falsa impresión. Precisamente al terminar esa revuelta, el periodista Robert Hammond

Murray vino a los Estados Unidos con bastante conocimiento de los hechos verdaderos. A su llegada a Saint Louis, en camino para Nueva York, trató de publicar una declaración por medio de la Prensa Asociada. Esta asociación aceptó el artículo, pero nunca llegó a publicarlo, por creer, aparentemente, que era propaganda pagada por el gobierno mexicano.

Al llegar Murray a Nueva York lo llevamos a una de las más importantes agencias de noticias de los Estados Unidos, cuyos servicios son utilizados por más de setecientos de los principales diarios. Esta organización tenía motivos para confiar en mi oficina, basándose en hechos pasados; y cuando le aseguramos que las noticias de Murray eran dignas de confianza, publicó un artículo que se extendió por los 48 Estados de la Unión y que fué leído, cuando menos, por 20.000.000 de personas. En lugar de que esta oficina tuviera que pagar algo, la agencia de noticias pagó a Murray el valor de su artículo. Después de ocurrido esto, llegó otro escritor procedente de la Ciudad de México y, habiendo informado esta oficina que los informes que éste traía eran verídicos, otra agencia de noticias le compró una serie de cuatro artículos que fueron publicados y dieron el golpe de gracia al mito que los enemigos de México trataron de difundir por los Estados Unidos. Esa agencia también pagó el valor de estos artículos, sin que el Consulado tuviera que incurrir en gasto alguno para desbaratar las mentiras de los

enemigos. Esta oficina podría haber gastado doscientos mil dólares en publicidad sin haber podido lograr resultados tan efectivos como los que se enumeran.

En cuanto a la controversia entre el Clero Católico Romano y el Gobierno de México, esta oficina ha continuado la misma táctica que adoptó desde el principio de la discusión en 1926 y la que se hizo más acalorada después del lro. de agosto del mismo año. Muchos de los amigos de México residentes en este país nos advirtieron entonces que era un grave error de parte del gobierno mexicano entrar en una controversia de esta naturaleza cuando tenía tantos otros asuntos pendientes, principalmente problemas económicos; concurriendo en esta opinión individuos que por muchos años han sido leales a los principios que ha sostenido el Partido Liberal de México.

En realidad, esta controversia con el Clero se ha constituido en uno de los factores más importantes para despertar a millones entre el pueblo de los Estados Unidos que hasta ahora habían permanecido completamente indiferentes o mostrado poca amistad hacia el pueblo de México, convirtiéndolos en amigos decididos.

La libertad religiosa siempre ha sido un grito popular en los Estados Unidos y los portavoces del Clero Católico muy hábilmente trataron de crear entre el pueblo americano la impresión de que los católicos de México luchaban por obtener esa libertad religiosa. Si lo hubieran logrado, esto habría sido fatal a la formación de una opinión pública favorable hacia la actitud del gobierno mexicano.

Basándonos en el hecho de que, no obstante que la Iglesia Católica tiene una gran influencia en este país y que numéricamente es la primera, el pueblo, en su abrumadora mayoría, es indiferente en materias religiosas, o protestante, y que tanto los protestantes como los indiferentes se oponen a todos los cleros, trazamos cuidadosamente un plan de campaña para destruir la influencia de la tremenda propaganda que estaba haciendo dicha Iglesia y que, según sabemos a ciencia cierta, costó tres millones de dólares. Jamás atacamos o insultamos a ningún clérigo o lego católico.

Calculamos que éstos estaban tan enfurecidos que pronto se excederían y nos darían la oportunidad deseada. Esto ocurrió muy pronto y cada declaración que hicieron fué rápidamente contestada, habiendo obtenido nuestra contestación tanta publicidad como el ataque de ellos. Sabíamos que todos los periódicos temían más a los protestantes que a los católicos y que no les convenía suprimir ninguna respuesta que se diera al Clero Católico. Aun el periódico más enemigo de México en los Estados Unidos, "The Chicago Tribune", se vió obligado a publicar íntegras las respuestas que envió esta oficina, por temor de incurrir en el resentimiento de sus lectores protestantes. Este plan dió por resultado que a los noventa días cesara la campaña de injurias iniciada por los defensores del Clero.

Después, con objeto de llegar hasta los moldeadores

de la opinión pública en los Estados Unidos, (es decir, aquellos que continuamente hablan y escriben sobre asuntos públicos), esta oficina publicó diez mil ejemplares de un librito intitulado "The Mexican People and the Church". Estos se distribuyeron con todo cuidado e inmediatamente hubo pedidos insistentes por más ejemplares; se hizo una edición mayor y la demanda siguió en aumento. En otras palabras, los que se interesaron en la controversia se convirtieron en distribuidores del folleto y hasta la fecha hemos continuado este procedimiento enviando cerca de medio millón de ejemplares y la demanda de todas partes aún continua.

El citado librito ha cambiado a nuestro favor a los partidos más influyentes de la comunidad y a la opinión de los periodistas de este país, y ha destruido enteramente la campaña de injurias y falsedades de la Iglesia Católica. El resultado más importante de este folleto es que ha excitado las sospechas de una inmensa cantidad de personas sobre los motivos que pudiera haber para cualquier acto poco amistoso de parte del gobierno de los Estados Unidos hacia México. Esta sospecha arroja la culpabilidad de ese acto sobre la influencia católica y esto ha tenido un efecto muy saludable en la situación política.

Durante todo el año de 1927 esta oficina conservó las buenas relaciones que había establecido durante los años anteriores y adquirió otras. Además de los millares de nom-

bres que tenemos en lista, a los que hemos proporcionado material interesante respecto a los acontecimientos de México, he buscado establecer nuevos contactos personales. Nuestro representante ha permanecido en Washington varios días de cada semana, pues allí se reúnen continuamente los periodistas, y ha trabajado siempre en las más íntimas relaciones con T., relacionándolo continuamente con algunos de los escritores más influyentes del país. Estas relaciones siempre se han establecido a base de respeto mutuo, sin que jamás haya entrado en ellas el espíritu de sordidez comercial, dando por resultado que sean duraderas. Las relaciones que hace tres años adquirió este Consulado General han sido muy valiosas durante el año actual, principalmente cuando Hearst inició su acérrima campaña de calumnia. En nuestras relaciones con la prensa, siempre ha reinado la más completa franqueza y no existe un solo caso en el que algún periodista de los Estados Unidos haya podido quejarse de haber hecho mal papel ante sus lectores a causa de noticias exageradas proporcionadas por esta oficina. Este plan de conducta fué exactamente el que se siguió para destruir la campaña de falsedades que hicieron los enemigos a raíz de la revuelta Gómez-Serrano.

En esta ocasión nuestro representante se hizo cargo de las refutaciones durante dos meses y echó abajo los esfuerzos que hicieron los Delahuertistas para captarse las simpatías de la opinión pública, haciéndose aparecer como campeones de una causa noble que estaban muy lejos de representar.

Cuando se inició la campaña calumniosa de Hearst, algunos amigos periodistas nos informaron de ella con cuatro días de anticipación y nos preparamos a resistirla. Huelga decir que algunos de nuestros buenos amigos, sin tener confianza en lo que oüdiera publicar Hearst, llegaron a creer que indudablemente este señor había obtenido algunos documentos legítimos que usaría para intercalarles algunos espurios. Comprendimos que esta era una situación peligrosa, pues si los periodistas llegaban a creer que algunos de los documentos eran auténticos, habría probabilidades de que se diera crédito a los retantes.

Por lo tanto, nuestra tarea más importante desde el principio fué probar que todos los documentos eran falsificaciones, destruyendo de esta manera el efecto que pudieran causar.

Desde el quinto día de su publicación pudimos hacerlo de una manera muy sencilla. Se recordará que el primer documento que se decía salido de las oficinas presidenciales llevaba al pie de la carta las iniciales de la secretaria antes que las del Presidente. En otras palabras, las primeras iniciales eran SG y las siguientes PEC. Por varios días consecutivos las cartas dizque presidenciales, contenían el mismo error. Sacamos de los archivos de esta oficina todas las cartas del señor Presidente Calles, desde la fecha de su toma de posesión, y pudimos ver que, como lo esperabamos, ni una sola de las que se habían recibido en este

Consulado llevaba las iniciales colocadas en esta forma. Nuestro representante tomó esta colección de cartas y las mostró a todos nuestros amigos periodistas, escritores y editores, quienes en vista de ellas empezaron a comentar los demás facsímiles que se iban publicando, lanzando sobre ellos una ráfaga nutrida de censuras, censuras que llovieron sobre los periódicos de Hearst, lanzadas por otros periódicos.

Hasta los peores enemigos de México temieron publicar una sola frase que aprobara la campaña difamatoria de Hearst. Por supuesto que la prensa católica semanal desde luego aceptó los documentos como auténticos, aprovechándolos para sus fines siniestros de acarrear la discordia entre los pueblos de Estados Unidos y México; pero la prensa diaria, cuando no permaneció callada, continuamente publicó comentarios sarcásticos censurando la llamada "exposición" de Hearst.

A fines de noviembre esta oficina averiguó definitivamente que, Hearst, desesperado por el mal éxito que había tenido la publicación de sus facsímiles, iba a tratar de instigar al Senado para que abriera una averiguación relativa a los documentos, de tal manera que pudiera crear la impresión en los cerebros de millones de americanos de que las principales autoridades de México habían obtenido algunos millones de dólares, so pretexto de emplearlos para comprar influencias legislativas y ejecutivas de este país.

Se hizo una petición al Senado, concebida en tales términos que daba lugar a que se averiguaran tan solo aquellas partes de las acusaciones publicadas por Hearst que inodaban a los Senadores de

de los Estados Unidos, dejando el resto de los documentos sin investigación alguna. Esto hubiera proporcionado a Mr. Hearst la oportunidad de escurrirse de la situación en que se había colocado y también la de perjudicar a México hasta donde fuera posible, porque el Senado no expresaría opinión alguna sobre los demás documentos publicados por Hearst en su llamada "exposición".

Para lograr estos fines, Hearst, aconsejado por abogados muy competentes, publicó las falsificaciones en que quedaban comprometidos los cuatro Senadores, tachando sus nombres. Esto, desde luego, dió pretexto para la petición que menciono antes y se eligió a un miembro de la confianza de la actual administración para que presentara la solicitud. Automáticamente se convirtió el expresado miembro en Presidente del Comité Investigador; otro Senador, leal a la administración y que simpatizaba con la actitud Kellogg-Sheffield hacia México, es el Presidente del Senado. Este nombró el Comité Investigador, inclusive el Presidente mismo, y teniendo noventa y cuatro nombres de donde elegir, nombró cuatro Senadores procedentes de ciudades donde hay periódicos de Hearst. Para cubrir las apariencias se vió obligado a nombrar como quinto miembro del Comité Investigador al Senador Robinson, del Estado de Arkansas, donde no hay periódicos de Hearst, a pesar de ser Robinson el jefe de la Minoría Demócrata del Senado.

Esa investigación fué un esfuerzo descarado y atroz para servir al señor Hearst y perjudicar hasta donde fuera posible al Gobierno de México. Nuestros amigos periodistas, que habían recibido informes de antemano, salieron a la palestra inmediatamente y, antes de que el Comité Investigador tuviera 24 horas de

haber sido constituido, la mayoría de sus miembros integrantes sabía que iba a serles difícil llevar a cabo el plan concebido por los abogados de Hearst, quienes se esforzaban por salvar los intereses de éste su cliente.

Sin embargo, hicieron cuanto estuvo a su alcance para llevar a cabo el plan concebido: el señor Hearst fué el primer testigo. Se le trató con las mayores consideraciones, permitiéndosele escapar sin hacerle aun las preguntas más sencillas, como indudablemente lo hubiera hecho un Agente del Ministerio Público si Hearst se hubiera encontrado ante un tribunal. Después se le permitió pronunciar un discurso, en el que con toda gravedad informó al Comité Investigador que, por supuesto, él no sospechaba que ninguno de los cuatro Senadores mencionados hubiera tenido relaciones algunas con el Gobierno de México, ni percibido un solo centavo de aquel Gobierno, por servicios de cualquiera naturaleza; que hombres malvados de México habían empleado este subterfugio para robarse algunos millones de dólares; que los fondos que, según los documentos, habían sido pagados a los Senadores de los Estados Unidos, indudablemente habían ido a parar a los bolsillos de los políticos mexicanos; y a esta ofensa grosera y difamatoria para el Gobierno de México y sus autoridades añadió la atrocidad de insultarlos ante un Comité Investigador del Senado. Se le permitió hacerlo, saludó y tomó el tren rumbo a Los Angeles, puesto que mientras más alejado se encontrara del Comité, mejor podría llevar a cabo sus planes.

Luego comparecí yo, invitado por el Comité Investigador, el que previamente había cancelado una cita judicial gestionada con mucha torpeza. Lo que hubo en el fondo para cancelar esta cita es prueba evidente de lo que vale contar con relaciones francas y honradas con periodistas decentes, pues dicha cita fué retirada debido únicamente a la presión que ejercieron los periodistas que se hallaban interiorizados del asunto, quienes dijeron que de no retirarse censurarían en toda la prensa de los Estados Unidos el acto de haber sido dictada, y esto hubiera colocado en situación muy embarazosa a aquellos que trataban de hacer aparecer al Gobierno de México bajo un aspecto desfavorable. Tuve informes exactos de cuanto acontecía y cooperé al éxito de nuestros amigos por medio de contiúuas protestas ante el Departamento de Estado.

Cuando me presenté a declarar, todos los periodistas a que me he referido se hallaban presentes, ocupando la mesa destinada a la prensa. La absoluta franqueza de mis declaraciones, apoyada por la amistosa actitud asumida por dichos periodistas y por los telegramas que se transmitieron a todas partes del país, exceptuando por supuesto los periódicos de Hearst, causaron una impresión sumamente favorable entre millones de lectores de la prensa.

Tan desesperada era la situación para los periódicos de Hearst entonces, que cuando repetí mis declaraciones en la siguiente sesión, los abogados y secuaces de este señor olvidaron toda precaución y abiertamente aconsejaron a los miembros del Comité Investigador respecto a las preguntas que deberían hacerme, así como a los demás testigos.

Tan ruidosa fué esta exhibición que el redactor de uno de los periódicos más prominentes de los Estados Unidos, después de haberse levantado la sesión y en presencia de algunos de los miembros del Comité Investigador, denunció a éste como un cuerpo instituído para proteger al señor Hearst.

Si el Senador Johnson, de California, hubiera sido un abogado pagado por Hearst para patrocinar el caso, no hubiera mostrado más animadversión al interrogarme; pero como yo nada tenía que ocultar, las preguntas de los Senadores no hicieron la más leve mella en mi testimonio.

Sin embargo, aun quedaba la probabilidad de que, conforme a los términos en que estaba concebida la solicitud de investigación, el Comité la diera por terminada declarando inocents a los cuatro Senadores y dejando el resto de los documentos en tela de juicio, so pretexto de que no eran interesantes, puesto que para nada afectaban a los cuatro miembros del Senado.

Bien comprendíamos los peligros que este plan encerraba si se llevaba a cabo, pues teníamos en nuestro poder pruebas de que este era el proyecto. Encontrándose en Nueva York Frank Y. McLaughlin, petrolero de México, quien sabíamos tenía ciertos informes sobre Dávila que ligaban a éste con la Embajada Americana, durante el período en que fué Embajador el señor Sheffield, lo invitamos a que se quedara y a que compareciera ante el Comité Investigador. El señor McLaughlin ofreció quedarse y comparecer ante dicho Comité. Parece ser que dicho señor McLaughlin es amigo de un Senador partidario de la equidad que debe guiar a los Estados Unidos en sus relaciones con los demás países.

Nuestro representante comunicó a este Senador algunos de los hechos que McLaughlin sabía y el Senador inmediatamente los hizo del conocimiento de un miembro del Comité Investigador, pidiendo al mismo tiempo que se interrogase a McLaughlin. No podía pasarse por alto esta petición de un Senador sin romper con todos los precedentes; así es que se le telegrafió a McLaughlin para que se presentara en Washington.

Primero hablaron con él privadamente algunos de los miembros del Comité, quienes aparentemente se alarmaron al oír lo que sabía y convocaron a una sesión ejecutiva para la tarde de ese mismo día, habiéndose excluido a la prensa de esa sesión.

Nosotros nos encargamos de que se proporcionaran a la prensa datos de lo que McLaughlin sabía y los periodistas, como era natural, se indignaron ante la acción del Comité al tratar de oír privadamente las declaraciones de McLaughlin. No convenía poner en peligro la publicidad de esas noticias y aunque creíamos que el peso de la opinión pública en Washington era tal que el Comité no se atrevería a negarse a escuchar a McLaughlin en la sesión pública que había de celebrarse después, nos ocupamos de cerciorarnos de que así sería.

Inmediatamente que McLaughlin salió, después de haber rendido su declaración privada, lo llevamos ante una taquígrafa pública autorizada y le pedimos que relatara cuanto había dicho ante el Comité. Se entregó una copia de esta declaración a uno de los grandes sindicatos periodísticos, con la advertencia de que lo publicara solamente en caso de que el Comité no interrogase a McLaughlin en la sesión pública que iba a celebrarse la semana siguiente.

No tomamos ninguna medida para guardar la discreción de nuestro procedimiento y como las noticias se difundieron rápidamente entre los corresponsales y nosotros nos encargamos de que estuvieran al tanto de lo que ocurría, pronto supo el

Comité que los periodistas se habían enterado de todo.

Si hubieran tenido algún deseo de impedir que se interrogara a McLaughlin, deseo que indudablemente abrigaban algunos de ellos, sabían que resultaría un escándalo en todo el país si se impedía que McLaughlin testificara en sesión pública. Entretanto, Roberto Hammond Murray, que se encontraba en el país, había ofrecido declarar cuanto sabía respecto de Avila, si se le citaba para ello. Se proporcionó su nombre a un Senador, quien lo llevó a un miembro del Comité solicitando que se llamara a Murray; se dió aviso a los periodistas de su comparecencia; primero habló privadamente con alguno de los miembros del Comité, pero también insistió en que se le oyera públicamente y como su presencia en Washington era conocida de todos los corresponsales, se le interrogó públicamente ese mismo día.

Si bien es cierto que el testimonio de Murray no fué tan concluyente en lo que respecta a las relaciones de Avila con la Embajada, sí hizo suficientes declaraciones para acabar de convencer a los Senadores de que lo que había dicho en sesión privada unos cuantos días antes no podía dejarse inadvertido impunemente. Así es que el Comité se vió obligado a continuar las investigaciones a base de examen de todos los documentos, a pesar de la repugnancia que para ello mostraban cuatro miembros integrantes del Comité.

Demasiado conoce usted los detalles del caso, por los documentos relativos que enviamos a diario. Continuamente vigilamos los procedimientos del Comité con tanta -- más razón cuanto sabíamos que el traductor era absolutamente indigno de confianza, desde el punto de vista de la justicia; sabíamos que apenas hacía unos cuantos meses se había tratado de crear la impresión entre los periodistas de Washington de que la revolución de Gómez y Serrano iba a derribar al Gobierno de Calles y que dicho traductor, como ya lo había sido, era influenciabile a los representantes de Hearst.

Para entonces ya hasta los periodistas más reaccionarios de Washington temían mostrar la más leve simpatía por las exposiciones de Hearst. Avila y Page, a pesar de la benevolencia con que fueron tratados por la mayoría de los miembros del Comité, exceptuando al Senador Robinson, fueron malos testigos. En todos aquellos lugares donde se reunían los periodistas se decía abiertamente que Avila era el embustero más estúpido que jamás compareciera ante un Comité Investigador. Page, que hasta entonces había tenido cierto prestigio entre los periodistas, lo perdió por completo. Se dijo que los peritos del Gobierno habían denunciado todos y cada uno de los documentos como falsificaciones, tanto en su confección como en las firmas de ellos. Los Abogados de Hearst recibieron indudablemente informes de todos los pasos que se dieron y de las resoluciones tomadas. Para salvar las

apariencias, era necesario que Hearst cambiara de frente y el Comité proporcionó a sus abogados la oportunidad de hacerlo.

Cierto día, bastante entrada la tarde, el jefe de sus abogados se encerró con uno de los miembros del Comité; y a la mañana siguiente, cuando se reunió el Comité y antes de que hubiera tiempo de presentar nuevas pruebas, el abogado de Hearst presentó una declaración diciendo que por órdenes del señor Hearst se habían empleado peritos para que examinaran detenidamente la autenticidad de los documentos y que, como resultado del informe de dichos peritos, Hearst era de opinión que todos los documentos que habían publicado sus periódicos eran falsificaciones.

Por supuesto que esto fué un esfuerzo de la mayoría de los miembros del Comité para dar al señor Hearst la oportunidad de declarar que había sido engañado. Es muy significativo el hecho de que ningún miembro del Comité haya declarado públicamente que si Hearst hubiera mandado hacer este examen antes de publicar los documentos, se hubiera obtenido el mismo resultado. Tal declaración se imponía después de que se hubo comprobado que los documentos eran apócrifos.

Ni aún tal declaración de parte de Hearst pudo suspender las investigaciones, puesto que se habían descubierto ciertos hilos que debían seguirse, a no ser que el Comité quisiera exponerse a una crítica pública destructora. Las pocas sesiones restantes se hicieron de tal manera de perjudicar al señor Hearst lo menos posible y en la última

sesión, en la cual declaró el señor Ferris, apoderado del señor Hearst y quien se supone fué el que hizo la observación respecto a la falsedad de los documentos, la investigación fué secreta.

A estas fechas ya todos los periódicos del país, con raras excepciones, denunciaban abiertamente la conducta de Hearst al publicar los documentos y a pesar de su declaración de que estaba convencido de la falsedad de ellos, los comentarios que de él hicieron los periódicos fueron más acerbos que nunca, habiéndose burlado de él la mayoría de los escritores del país.

El penúltimo día de las investigaciones acaeció un incidente muy desafortunado para la administración actual. Ocurrió el 6 de enero en que el señor Lane, Primer Secretario de la Embajada en la época del señor Sheffield, fué llamado a declarar y, a pesar de la gran benevolencia que para él tuvo la mayoría de los miembros del Comité Investigador, le fué imposible ocultar el hecho de las íntimas relaciones que existían entre la Embajada Americana, Avila y Page. Sus declaraciones colocaron al señor Sheffield bajo un aspecto muy poco favorable y justificaron por completo la actitud asumida por el Gobierno de México hacia el ex-Embajador de los Estados Unidos.

Cuando se publicaron las actas del Comité Investigador se vió que se había omitido por completo la de la sesión del 6 de enero. Esta oficina lo comunicó inmediatamente a los periodistas dándoles un análisis del testimonio del

señor Lane, para que no les quedara duda alguna respecto al objeto con que habían sido suprimidas sus declaraciones.

Entrevistaron inmediatamente al Presidente del Comité quien, como era natural, manifestó sorpresa de que se hubiera suprimido esta acta. Se le hizo notar que el señor Lane se encontraba al frente, en la actualidad, de la sección mexicana del Departamento de Estado y se le preguntó si dicha supresión había sido hecha a instancias del Departamento mencionado. Como era de esperarse negó esto indignado. Sin embargo, dijo que le era imposible explicar cómo se había cometido el "error" y que se ocuparía de hacer que el acta de las declaraciones del 6 de enero se imprimiera en un documento separado y se diera al público; así es que en lugar de haber tenido menos publicidad las declaraciones de Lane, debido a la omisión referida, resultó que la tuvieron mucho mayor. La noticia de la omisión se publicó en todos los periódicos del país acompañada de un resumen de las declaraciones de Lane.

El punto crítico de la investigación fué indudablemente la denuncia que hizo el Senador Morris, acusando a Hearst, y el análisis de las declaraciones de Hearst ante el Senado. Esta denuncia fué publicada en todos los periódicos de Estados Unidos, con excepción de los de Hearst, y afectó a Hearst tanto personalmente que gastó muchos miles de dólares en comprar columnas de otros periódicos ajenos para publicar su respuesta al Senador Morris. El hecho de estar este último enfermo en cama, hizo que su acusación fuera más dramática. Quizá nunca en la historia del periodismo ame--

ricano, haya habido algún editor o propietario de periódico en cuya contra se haya excitado tanto la opinión pública, como lo está actualmente en contra de Hearst. Un gran número de sus lectores, que habían creído a pie juntillas las noticias antimexicanas que publicaba, sufrieron un gran desengaño cuando Hearst se vió obligado a confesar que los documentos eran espurios.

En febrero del año en curso tuve la oportunidad de dar un golpe serio a la causa del clero, como la presentan en la prensa los defensores de la Iglesia. El padre John Ryan, uno de las más hábiles polemistas, fué elegido para presentar el punto de vista del clero en el "New York World". Este periódico, temiendo publicar únicamente el artículo del padre Ryan sin dar oportunidad a un representante de México para exponer el punto de vista del Gobierno Mexicano en esta controversia, me pidió que así lo hiciera.

La reacción causada por estos dos artículos ha sido sumamente valiosa a la causa del Gobierno Mexicano y ha convencido al público de que los leyes, causa de la protesta del clero, han sido promulgadas por culpa del mismo clero.

Se están imprimiendo ambos artículos en forma de folleto, bajo el título de "'Both Sides'". Estos panfletos se distribuirán directamente desde este Consulado General y serán un factor poderoso para defender la actitud de México sobre el particular.

##

En este informe, referente a las actividades de propaganda que llevó a cabo este Consulado General durante el año de 1927 y los dos primeros meses de 1928, he entrado poco en detalles, con excepción del episodio Hearst, pues opino que mi informe no debe confiarse al correo; sin embargo, es muy importante que los que se encuentran al frente de los destinos de México sepan lo que realmente ocurrió en Washington durante el período en que tuvo lugar la investigación de los documentos referidos.

Como dije al principio de este informe, el valor de este resumen consiste más bien en mostrar la manera de conducir, en una forma eficaz y ventajosa, las relaciones entre los pueblos de México y Estados Unidos.

Nuestras relaciones y nuestra amistad aumentan, día por día, y conceptúo que la continua vigilancia es la única manera de conservar las ventajas que hemos logrado y de obtener otras en lo futuro.